

En el centro de mis diferencias con buena parte de la izquierda se encuentran las diferencias acerca de qué es hoy el imperialismo y sobre los desarrollos del capitalismo

Rolando Astarita

Distintos enfoques sobre la globalización

<http://rolandoastarita.wordpress.com>

La globalización está en el centro de los análisis y debates sociales contemporáneos. Entre las cuestiones más debatidas, está el propio significado de la globalización, sus causas -es producto de decisiones políticas, u obedece a alguna lógica económica; también si se trata de algo cualitativamente nuevo, y en qué sentido puede considerarse un fenómeno progresivo, o reaccionario. A fin de desarrollar luego nuestra posición acerca de algunos de estos problemas, comenzamos presentando el enfoque de los defensores y apologistas de la globalización; los datos acerca de la globalización, y las críticas de autores de la izquierda antiglobalización.

La noción estándar de la globalización

El término globalización empezó a utilizarse de manera generalizada en la década de 1980, en los medios de comunicación, las universidades y los ámbitos empresarios, cuando las transacciones internacionales, comerciales y financieras, comenzaron a hacerse más rápidas y fáciles, merced a los avances tecnológicos. Por eso el término está asociado a un fuerte aumento de los intercambios internacionales y de la integración de las economías. En esta línea, el FMI da una definición de qué es globalización que goza de generalizada aceptación en los medios de comunicación y académicos. Sostiene que la globalización es un proceso histórico, resultado de la innovación humana y del pro-

greso tecnológico, y se refiere a la creciente integración de las economías alrededor del mundo, particularmente a través del movimiento de bienes, servicios y capitales a través de las fronteras. El FMI agrega que el término a veces también se refiere al movimiento internacional de gente (trabajo) y conocimiento (tecnología). Y que existen dimensiones más amplias de la globalización, que comprenden lo cultural, lo político y lo ambiental (IMF 2008). Esta caracterización a su vez se vincula con una explicación de sus causas. Se sostiene que en la base del proceso están operando las mismas fuerzas que operaron durante siglos a todos los niveles de la actividad humano, impulsando a los seres humanos a viajar e intercambiar. Es la vieja idea de Adam Smith, de la “propensión (de la naturaleza humana) a permutar, cambiar y negociar una cosa por otra” (Smith, p. 16).

Datos y el elogio de la globalización por la derecha

Algunas cifras nos pueden dar una dimensión de la magnitud que han alcanzado los intercambios de mercancías y los flujos transfronteros de capitales, e incluso de fuerza de trabajo. Entre 1980 y 2007 el valor del comercio mundial en bienes y servicios, como porcentaje del PBI mundial, pasó del 42,1% al 62,1% en 2007. Entre 1980 y 2006 la inversión extranjera directa (IED) aumentó del 6,5% del PBI mundial al 31,8%. En términos absolutos, el stock acumulado de IED casi se triplicó durante la década de 1980 y en la década siguiente se multiplicó por más de tres. Los flujos de IED en 2007 alcanzaban US\$ 1,5 billones, de los

cuales US\$ 535.000 correspondían a los países atrasados. El stock de acreencias internacionales (mayoritariamente créditos bancarios) como porcentaje del PBI mundial aumentó de aproximadamente el 10% en 1980 al 48% en 2006. Y también se profundizó la mundialización de la fuerza de trabajo. Y el número de trabajadores extranjeros aumentó de 78 millones (2,4% de la población mundial) en 1965 a 191 millones (3% de la población mundial) en 2005. A partir de estos datos es que publicaciones como *The Economist*, *Financial Times*, *Wall Street Journal*, o de instituciones como el FMI o el Banco Mundial, sostienen que la globalización es ampliamente beneficiosa para el mundo. Así, por ejemplo, el FMI afirma que la globalización trae aparejada la integración de los países, el desarrollo de los países del tercer mundo y la mejora del nivel de vida de la mayor parte de la humanidad. Siempre según este enfoque, el crecimiento de los mercados globales habría promovido la eficiencia a través de la competencia y la división del trabajo; y la especialización permitiría que la gente se especialice en lo que mejor sabe hacer. Los mercados globales también posibilitaría que la gente se abastezca en mercados más grandes y diversificados. Lo que significa que tienen acceso a más capital, tecnología, a importaciones más baratas, y mercados de exportación más grandes. En este cuadro optimista, se admite que los mercados no necesariamente aseguran que los beneficios de la eficiencia incrementada lleguen a todos, y que aumentan las desigualdades. Pero aun considerando estos pasivos, sostiene el establishment económico, el resultado es positi-

vo. Los seres humanos ahora tienen más acceso al conocimiento, muchas comunidades han reducido su aislamiento y muchos millones mejoraron su nivel de vida (el caso de China es el más citado). Por eso, si bien la globalización es inevitable -responde a impulsos humanos- no hay que lamentarse por ello.

Las críticas antiglobalistas de izquierda y derecha

Las posiciones de la corriente principal sobre la globalización han sido criticadas por autores antiglobalistas, tanto de izquierda como de derecha. Entre los más relevantes del campo de la izquierda podemos mencionar a James Petras, Paolo Giussani, Hirst y Thompson. Básicamente sostienen que si por globalización se entiende la circulación de mercancías e inversiones, y la organización de la producción y las tecnologías a nivel internacional, habría que admitir que estos fenómenos siempre estuvieron presentes en el modo de producción capitalista, y por lo tanto la globalización no tiene nada de nuevo. Por ejemplo, Paolo Giussani, en la línea de pensamiento de Hirst y Thompson, afirma que el cociente entre el comercio mundial y el producto bruto creció a una tasa menor entre 1970 y 1994, que entre 1950 y 1970 (Giussani, 2000, p. 300). También sostiene que en términos de dependencia con respecto al comercio mundial, algunos grandes países de la OCDE, como Japón, Países Bajos y Gran Bretaña estaban incluso menos internacionalizados en la década de 1990 que en vísperas de la Primera Guerra. Giussani también plantea que los países subdesarrollados no aumentaron sus cuotas de exportación a nivel

mundial. En 1950 representaban algo menos del 33% del total mundial, y en 1994 algo menos del 25%. Además, sigue Giussani con respecto a las multinacionales, su crecimiento es menos reciente de lo que generalmente se piensa, y no han perdido sus bases nacionales.

Petras adopta una posición similar, pero en una perspectiva de más largo plazo. Afirma que si bien en los últimos años ha habido un aumento de la circulación y los capitales “están entrando en todas partes”, la “novedad misma de la globalización” debe ser cuestionada, ya que “la circulación y la producción extranacional... tienen una larga historia” (Petras, 2000, p. 21). Incluso afirma que hoy “somos menos globalizados que hace 300 años”, porque Estados Unidos y el Tercer Mundo surgieron “globalizados”, ya que nacieron por el colonialismo. Lo esencial es que no habría habido cambios sustanciales en las relaciones internacionales. El incremento de los flujos internacionales de los últimos años es en última instancia coyuntural, ya que está asociado a la expansión de las economías capitalistas, y al ascenso al poder, en EEUU y otros países centrales, de fracciones del capital orientadas hacia la exportación. Una crisis abriría un período antiglobalizador, sostiene Petras, y el ascenso de fracciones orientadas a la producción para el mercado interno. Por otra parte, aunque ya no existen áreas precapitalistas o no capitalistas, continúa aumentando la concentración del poder en EEUU, y hay menos pluralidad en la economía mundial. Y tampoco habría algo nuevo bajo el sol porque desde que el capitalismo es capitalismo está incorporando zonas precapitalistas.

Por otra parte, desde esta postura también se rechaza la idea de que la globalización habría sido beneficiosa para los pueblos. Se sostiene que en realidad está acentuando la explotación, barriendo con las conquistas históricas de las clases trabajadoras de los países adelantados, y que no existe la tan mentada integración de los pueblos. Como afirma Petras (2000), no tiene sentido hablar de la globalización como un proceso de comunicación e integración, ya que sólo hay dinamismo en algunas clases y algunas regiones, en tanto que otras están perjudicadas. A lo que debería agregarse que 100 millones de negros e indígenas murieron en el proceso “no como efecto de una integración sino de desintegración” (p. 22). Por este motivo Petras también cuestiona a Marx. Es que Marx y Engels consideraban que la creación del mercado mundial no sólo era un inherente a la naturaleza del capital, sino también un fenómeno históricamente progresivo, ya que las fuerzas productivas estarían rompiendo las barreras nacionales y generando las bases para una nueva civilización. Consciente del problema, Petras plantea que Marx habría sido “demasiado optimista sobre los efectos a largo plazo del imperialismo como factor de progreso en la historia”. Por último, destacamos que Petras sostiene que no hay nada de inevitable en la globalización, ya que se trataría de un fenómeno reversible y cíclico, que depende de la intervención del Estado y del acceso al poder de una determinada fracción de clase, juega un rol central. Por este motivo, las fuerzas antiglobalistas pueden revertir el proceso. Esta idea de que la globalización es un hecho esencialmente político, tam-

bién se ubica en un marco conceptual distinto del que encontramos en Marx.

Como adelantamos, también fracciones de la derecha afirman que la globalización constituye un mal. Según esta visión, los trabajadores de los países adelantados pierden sus empleos y las comunidades sus homogeneidades culturales y sus formas de vida. Por eso, frente a la globalización, estos sectores también reivindican lo nacional, y la defensa de las particularidades locales. Es el discurso de Le Pen, y similares, que ha penetrado en franjas importantes de la población europea, incluso entre trabajadores que en el pasado adherían a los partidos de izquierda.

Una visión alternativa

La explicación que presentamos es alternativa de las anteriores, porque se ubica en las tradiciones de Marx y Engels, y en particular porque tiene como punto de partida la crítica a la dialéctica del capital. Este punto de vista nos lleva a afirmar que la globalización consiste en la extensión planetaria de la relación capital/trabajo, y que como tal, constituye un fenómeno contradictorio (que dará lugar a una perspectiva crítica distinta de la antiglobalizadora de izquierda) y cualitativamente nuevo. Por eso también sostenemos que la globalización no se explica única ni principalmente por la tecnología, como pretende el FMI, sino por el despliegue de las relaciones sociales capitalistas. La tecnología constituye la base material que permite la extensión planetaria del capital, pero no es su causa impulsora. En definitiva, la idea que orienta este análisis es que cuan-

do en la sociedad burguesa domina el capital, éste “debe constituir el punto de partida y el punto de llegada del análisis” (Marx, 1989, t.1, p. 421). Esto se aplica particularmente a la mundialización. Como también sostenía Marx, la tendencia a crear el mercado mundial “está dada directamente en la idea misma del capital” (ídem, p. 360). Es que el fin y la condición para la existencia del capital es la valorización del valor, y esto implica el impulso incesante a ampliar mercados, a subsumir bajo la relación del trabajo asalariado crecientes fuerzas humanas, y a absorber dentro de sí todo lo que le es exterior. La culminación de este proceso es la extensión a escala planetaria del modo de producción capitalista. Es por esta razón que el impulso a la mundialización está condicionado histórica y socialmente. Así como el capitalismo es el modo de producción que impulsa de la manera más frenética el desarrollo de las fuerzas productivas, también es el que genera el mayor impulso a la expansión planetaria. Por esta razón también, es un error pensar que las razones de la globalización son políticas -ascenso de tal o cual fracción de las clases dominantes de los países centrales, adopción de tal o cual estrategia política, etc.- o coyunturales. Lo cual no significa que las instancias políticas no incidan en los ritmos y en las evoluciones concretas. Por caso, las contradicciones entre las potencias entre 1914 y 1945, y la emergencia de la amenaza del socialismo, explican la contracción del mercado mundial, en particular en la década de los 30. Pero en la medida en que subsiste la relación capitalista, el impulso al desarrollo de las fuerzas productivas, y con él, a la expan-

sión del mercado, termina por imponer sus derechos. Por este motivo, desde esta perspectiva, la crítica de la globalización es interna y consustancial a la crítica de la relación capitalista.

Lo anterior permite comprender entonces por qué es necesario entender la globalización como un fenómeno cualitativamente nuevo. En este respecto, dos corrientes dentro del pensamiento marxista han puesto el énfasis en ello. Por un lado, la corriente conocida como de la “internacionalización del capital”, que sostiene que en los últimos años se ha internacionalizado el capital productivo, y que ésta es la culminación de un proceso histórico que pasó por las fases previas de la internacionalización del capital mercancía y del capital dinero. Estos autores subrayan que es necesario adoptar un punto de vista transnacional en el análisis económico y social. Por otra parte, la corriente que he llamado “globalista”, también afirma que se ha producido un cambio cualitativo en las últimas décadas, de la misma entidad y trascendencia que la Revolución Industrial, o el ascenso del capitalismo monopólico a fines del siglo XIX. Burbach y Robinson (1999), exponentes de esta línea de pensamiento, sostienen que la globalización constituye “un giro de época”, y que asistimos a la emergencia de una nueva fase del capitalismo, la transnacional. En oposición a los que afirman que no hay nada nuevo porque el capitalismo siempre fue global, Burbach y Robinson sostienen que estamos ante un cambio sustancial, marcado por la transnacionalización de la producción y de la propiedad del capital, y el consiguiente ascenso de una burguesía

transnacional. Crecientemente se integran el “norte” y el “sur”, desaparecen las posibilidades de desarrollos autóctonos de los países, y con ello también se borran las diferencias entre el “primer mundo” y el “tercer mundo”. Incluso las instituciones estatales nacionales, siempre según este enfoque, están siendo reemplazadas por instituciones supranacionales, que corresponden al nuevo carácter del capital. En un sentido parecido abordan el tema Hardt y Negri. La diferencia más importante entre los autores “globalistas” y los partidarios de la tesis “internacionalización del capital” es que los últimos plantean que el Estado sigue teniendo vigencia. De todas maneras, y a pesar de estas diferencias, ambas corrientes subrayan que la mundialización del modo de producción capitalista constituye un cambio cualitativo.

Mi punto de vista comparte lo esencial de estos planteos, en especial con la tesis de la internacionalización del capital. Si bien la noción aceptada comúnmente de la globalización, del FMI y otras instituciones del *establishment*, destaca el incremento de los flujos de capitales, mercancías y trabajo, pasa por alto sin embargo el cambio ocurrido a nivel de las relaciones de producción. Es que la forma en que se extrae el excedente económico es lo decisivo para la conformación de un modo de producción, y éste es el rasgo característico, la diferencia específica, de la actual globalización, con respecto a lo que podría considerarse un mero incremento cuantitativo de los intercambios. Cuando el FMI afirma que en última instancia la globalización consiste en el mismo proceso de extensión de los mercados ini-

ciado “hace siglos”, desde las aldeas a la economía mundial, se ubica en una perspectiva circulatoria, y no permite ver lo específicamente nuevo del fenómeno, que es la generalización planetaria del modo de extraer el excedente, o sea, la relación capital-trabajo. En palabras de Bina y Yaghmaian, “el capital global no es la suma algebraica de los capitales nacionales, moviéndose constantemente a lo largo del planeta de un país a otro, sino una relación de producción orgánica, supranacional” (1991, p. 111).

Capitalismos del tercer mundo y ex regímenes stalinistas

En base a lo anterior sostenemos que uno de los fenómenos más relevantes de las últimas décadas es el surgimiento de clases capitalistas con raíces propias en los países atrasados y en países que hasta hace poco eran no capitalistas. Ya no estamos ante el clásico “hombre de paja”, del agente o títere del capital extranjero, sino ante una clase que participa, desde una posición relativamente independiente, en el mercado mundial. Si bien las grandes potencias -y en primer lugar EEUU- siguen teniendo una considerable ventaja tecnológica, en poder financiero y en capacidad militar, es un hecho que en el tercer mundo se han desarrollado fuerzas productivas capitalistas. La tesis de la escuela de la dependencia, que sostenía que en el tercer mundo el desarrollo capitalista estaba bloqueado, y que sus burguesías eran “semioprimidas” o “semiexplotadas” por el capital internacional, o estaban condenadas a mantenerse en estado raquíutico, no se ha verificado. Por el contrario, parece haberse

cumplido el pronóstico de Marx, cuando sostenía que si bien la entrada de los ferrocarriles ingleses en la India generaban devastación y sufrimiento, a largo plazo también darían lugar a la formación de un capitalismo indio. Es lo que ha sucedido en India, y en muchos otros países del tercer mundo. Todo parece indicar -véase Bairoch, 1982- que efectivamente la entrada del capital en el tercer mundo provocó primero una extendida desindustrialización y retroceso. Todavía en 1830 el tercer mundo (incluyendo en él a Japón) tenía aproximadamente el 63% del potencial manufacturero total del mundo, contra el 37% de Europa y Norteamérica. En 1913 los países desarrollados tenían el 92,5% de la producción manufacturera mundial, contra sólo el 7,5% del tercer mundo (Bairoch, 1982). Pero desde mediados del siglo XX (en muchos países desde los 30) la situación comenzó a modificarse. En Asia y América Latina, surgieron capitales nativos -en algunos casos al calor de Estados “socialistas”, como en China. Las intervenciones militares, la dominación colonial, la entrada de capitales extranjeros, generaron violencia y avasallamiento, fueron factores de pillaje y desolación, pero también generaron



impulsos para el desarrollo de fuerzas capitalistas locales, que conformaron el sustento de gobiernos con capacidad de resistencia y de autonomía frente al dominio imperialista. No se puede entender el proceso de descolonización sin esta base material, social. Pero por eso mismo la violencia dejó de ser el medio fundamental para la extracción del excedente.

Ya en la década de 1970 había claras manifestaciones de que los países más importantes del tercer mundo (Brasil, México, India, entre otros) estaban en vías de desarrollo capitalista. En 1981 la tasa promedio de inversión de los países subdesarrollados era mayor, en porcentaje del PBI, que la de los países adelantados; y la producción manufacturera de los países atrasados estaba destinada a satisfacer principalmente sus mercados internos y el consumo masivo, y no las exportaciones o el consumo de la alta burguesía (Schiffer, 1981). Signo inequívoco que estábamos ante un proceso de reproducción ampliada del capital “a lo Marx”. Y el proceso continuó en las décadas que siguieron. En los países en que dominaban los regímenes stalinistas hoy rige el modo de producción capitalista (salvo en Corea del Norte). En todo

el tercer mundo avanzó la industrialización; las privatizaciones de empresas públicas profundizaron los desarrollos capitalistas, y el disciplinamiento a la ley del valor; las aperturas comerciales operaron en el mismo sentido. En el agro se acentúa la desintegración de la producción familiar campesina, y en extensas zonas se asiste a un proceso de proletarianización, o la aparición de formas de transición a la producción capitalista. Alternativamente, millones de pequeños productores campesinos se subordinan al capital comercial y a las grandes industrializadoras de alimentos, y por su intermedio al mercado mundial. Hoy prácticamente toda la humanidad “está absorbida, en mayor o menor grado, en la trama de la explotación capitalista, o sometida a ella” (Hardt y Negri, 2002, p. 52). Polemizando con posiciones como las de Petras y Giussani, Hard y Negri señalar que “muchos teóricos contemporáneos se muestra reacios a reconocer que la globalización de la producción capitalista y su mercado mundial representan una situación fundamentalmente nueva y un cambio histórico significativo” (2002, p. 23). Este es el fenómeno cualitativamente nuevo que no desaparece en la visión de Petras y similares.

Esto explica también que hayan surgido, en el tercer mundo y en los países donde había regímenes stalinistas, capitales con capacidad para expandirse en el plano internacional, incluso en los países adelantados. En 1990 los países subdesarrollados tenían sólo el 5% de los flujos de IED y el 8% del stock de IED. En 2006 la IED desde los países atrasados alcanzaba el 14% del total mundial, y 13% del stock de IED (The Economist, 12/01/2008). Si bien no

tienen la fuerza de las compañías de EEUU, Europa o Japón, algunas empresas del tercer mundo se han convertido en gigantes mundiales. Empresas occidentales como Jaguar y Land Rover ahora están en posesión de Tata Group de India. Huawei Technologies y ZTE de China son la segunda y quinta productoras mundiales de equipos de telefonía móvil, según ingresos. Bimbo, de México, es la productora de pan más grande del mundo; JBS de Brasil, es el mayor productor de carne del mundo; United Company Rusal, de Rusia, es la productora de aluminio más grande del mundo. En las 500 de Fortune Global, de 2010, figuran 7 empresas de Brasil, 46 de China, 1 de Finlandia, 8 de India, 2 de Irlanda, 1 de Malasia, 2 de México, 1 de Polonia, 6 de Rusia, 1 de Arabia Saudita, 2 de Singapur, 10 de Corea del Sur, 8 de Taiwan, 1 de Tailandia, 1 de Turquía y 1 de Venezuela. Son 98 entre las 500 empresas más grandes del mundo (clasificadas por ingresos). Como referencia, señalemos que Estados Unidos tiene 139 y Japón 71.

El capital como totalidad mundial

Es importante tener presente que todavía hace unas décadas atrás las relaciones económicas entre las regiones estaban determinadas por el capital mercantil, y la explotación del capital se combinaba con formas de extracción del excedente a través del pillaje, el colonialismo y el intercambio desigual con formaciones no capitalistas (a partir de posiciones de monopolio, o semimonopolio). Hoy, en cambio, es la totalidad del modo de producción capitalista la que infunde su tonalidad a los particulares; el excedente no es

producto de la acumulación “originaria” (esto es, del empleo de la violencia directa para su extracción); la clase obrera es reproducida por el capital mundializado; cada vez más el trabajo es subsumido realmente al capital a escala planetaria; las burguesías de los países atrasados extraen plusvalía principalmente de sus clases obreras; todos los capitales están sometidos a la coerción de la competencia (lo que implica que rige la ley del valor trabajo); y a partir de esta dialéctica asistimos a una polarización creciente entre la acumulación de riqueza en un polo, y pobreza, relativa o absoluta, en el otro.

Es dentro de este marco conceptual que nuestra posición tiene diferencias con el globalismo extremo, y se acerca al enfoque de la corriente de la “internacionalización del capital”. Es que el globalismo “a lo Hardt y Negri” afirma que en este proceso se borran las diferencias entre el “primer mundo” y los países atrasados, que los Estados son reemplazados por las instituciones supranacionales, y que las burguesías nacionales se funden en una única clase transnacional. La realidad es que hoy los Estados están lejos de desaparecer, las empresas los siguen teniendo como referencia, y las diferencias de desarrollo y poder económico entre los países más adelantados y los más atrasados, lejos de achicarse, han continuado aumentando (como ha reconocido el propio Banco Mundial). Pero lo importante es entender que estas diferencias se generan desde la dialéctica del valor y del capital, esto es, a partir de la explotación del trabajo por el capital, y el despliegue de las leyes de la acumulación capitalista.

La explotación mundializada del trabajo

Si la globalización es la extensión mundializada de la relación capital-trabajo, el contenido de la misma es la profundización de la subsunción “real” del trabajo al capital. Por subsunción “real” Marx entendía el proceso mediante el cual el capital cambia y determina las formas del trabajo y sus condiciones reales (ritmos de producción, división del trabajo en el taller, etc.). A nivel mundial este proceso es impulsado por la lucha competitiva entre los capitales, para obtener el máximo de productos por unidad de trabajo. Es la ley de la producción capitalista desplegada, es el hambre incesante por la plusvalía, por aumentar el trabajo excedente. El capital ejerce su presión sobre el trabajo amenazando con no invertir en tal país, o con trasladarse a tal otro sitio, si las fuerzas del trabajo no se allanan a sus exigencias. Por eso también vuelven a aparecer formas de explotación que nos llevan de vuelta a lo que sucedía en los orígenes del capitalismo industrial. Por ejemplo, en fábricas de China se imponen condiciones que pueden calificarse de sencillamente carcelarias. En muchas empresas los trabajadores no pueden hablar, ni levantarse de sus sitios para tomar agua o ir a los servicios sanitarios; las jornadas de trabajo se prolongan por 14 o más horas, y en muchos casos incluso la gente duerme en las empresas, y en condiciones extremadamente precarias. Las condiciones no son mejores entre trabajadores del vestido en India o Bangladesh, en las maquilas de México o Centroamérica, o entre los trabajadores que se dedican a las cosechas de limones o papas en Argentina. Pero también en los países adelantados. En los

años 90 algunos intelectuales de izquierda y progresistas alentaron esperanzas en que los métodos de producción toyotistas (trabajo en equipo, involucramiento del personal en la resolución de problemas de calidad, etc.) traería una nueva forma de trabajo, no alienante y humana. La realidad es que en las empresas toyotistas son frecuentes turnos de trabajo de entre 13 y 15 horas, a menudo seis días por semana, en condiciones de stress que han llevado a muchos casos de muerte por exceso de trabajo, lo que en japonés se llama *karoshi*. Según organizaciones de defensa de los derechos laborales, sólo en la empresa Toyota hasta unos 300 trabajadores sufren enfermedades serias, o mueren cada año, por causas relacionadas con el trabajo. A esto hay que contar los trabajadores que son subcontratados por la empresa (muchos de ellos extranjeros) con horarios de hasta 16 horas por día y con salarios 50% menores que los trabajadores de planta. Estamos hablando de lo que se consideró el “paraíso” de los trabajadores en el nuevo siglo. Pero es tal vez en la magnitud y extensión que ha alcanzado el trabajo infantil donde mejor se puedan ver los efectos del capital desplegado. Según UNICEF, en el mundo trabajan unos 158 millones de niños de entre 5 y 14 años; de acuerdo a la OIT, serían 218 millones, de los cuales 128 millones realizan tareas peligrosas, y 73 millones tienen menos de 10 años. Muchos de ellos trabajan en minería, agricultura (el 70%, y a menudo desde muy jóvenes), confección de ropa, fabricación de juguetes, empresas químicas, o en el trabajo hogareño. Según el Banco Mundial, uno de cada siete niños o niñas en edad escolar no concurre a la

escuela. Además, según la OIT (todos los datos corresponden a 2006), 22.000 niños mueren por año por accidentes de trabajo. Tenemos que agregar que 8,4 millones de niños están sometidos a relaciones de servidumbre por deudas o esclavitud o atrapados en las redes de la prostitución y pornografía. Y unos 300.000 están involucrados en conflictos armados. Es la civilización del capital mundializado en su esplendor. Esta creciente subsunción real del trabajo es la que pone en el primer plano la contradicción entre el capital y el trabajo como el rasgo distintivo de la época.

Globalización y progresividad de las contradicciones

En base a lo desarrollado hasta aquí es posible intentar una respuesta a la cuestión que más se debate actualmente entre los defensores de la globalización y sus críticos de izquierda. ¿Cómo debería evaluarse la globalización? Más específicamente, desde el punto de vista de una perspectiva crítica de la sociedad capitalista, y que aboga por la superación de las diferencias de clases, ¿es posible considerar que la globalización es un fenómeno históricamente progresivo? Hemos visto que los autores antiglobalización de izquierda responden por la negativa; la globalización, sostienen, sólo ha traído calamidades, y es necesario revertirla. Sin embargo, también hemos explicado por qué la globalización es un proceso que está inscripto en la misma naturaleza del capital, y por lo tanto es inevitable, en tanto subsistan las relaciones sociales capitalistas. De manera que desde la crítica de la izquierda antiglobalización, la única alternativa

es defender lo nacional, las autonomías de los países y algo parecido a la “desconexión” del mercado mundial, pero desde una posición que aparece bastante debilitada, dada la ausencia de condiciones sociales en las cuales apoyar esta alternativa. Tal vez esto explique el retroceso que ha tenido el movimiento antiglobalización en los últimos años, desde mediados de los 2000. Durante la recesión mundial de 2007-09 hubo pocas manifestaciones del movimiento antiglobalización.

Sin embargo, desde el enfoque marxista que hemos presentado, es posible articular un abordaje crítico y superador de la globalización. Se trata del enfoque que permea todo el análisis de Marx frente al desarrollo de las fuerzas productivas bajo el capitalismo (la mundialización es una expresión de ese desarrollo). La idea central es que si bien el desarrollo de las fuerzas productivas acarrea miseria para amplios sectores (pensemos por ejemplo en los artesanos que son enviados a la ruina por el avance de la gran industria; o los trabajadores que son desplazados por las máquinas), y conlleva explotación y degradación para millones (trabajadores sometidos a ritmos de producción infernales, o a tareas repetitivas y embrutecedoras), la solución de estos males no está en volver a la producción artesanal, en eliminar la gran industria y el trabajo cooperativo de decenas de miles, o en impedir el desarrollo de la maquinaria, sino en avanzar hacia la socialización. Si la maquinaria envía trabajadores a la calle, el problema son las relaciones sociales bajo las que se produce, y no la máquina “en sí”. La solución no pasa por volver al trabajo manual, sino por

poner la máquina al servicio del ser humano, revolucionando las relaciones sociales existentes. Lo mismo se aplica a la industria a gran escala, y a otros resultados del desarrollo capitalista, como lo son el mercado mundial y la extensión a escala planetaria de la relación capital trabajo. Ésta es la base material de la concepción internacionalista del socialismo, de la perspectiva de crear las condiciones para que en el futuro los seres humanos puedan dejar atrás las divisiones nacionales y las fronteras. Lenin participaba de esta idea cuando afirmaba que el impulso del capital a extender el mercado mundial “muestra palpablemente la labor histórica progresista del capitalismo, que destruye el viejo aislamiento y el carácter cerrado de los sistemas económicos (y por consiguiente, la estrechez de la vida espiritual y política) que liga a todos los países del mundo en un todo económico único” (Lenin, 1969, p. 61). Subrayamos, este reconocimiento es compatible, como también señala Lenin, con “el reconocimiento pleno de los aspectos negativos y sombríos del capitalismo, con el reconocimiento pleno de las contradicciones sociales profundas y múltiples inevitablemente propias del capitalismo, contradicciones que ponen de manifiesto el carácter históricamente transitorio de este régimen económico” (ídem, p. 609). Es por eso que la globalización puede considerarse un fenómeno históricamente progresivo, en el mismo plano y sentido que el marxismo considera que es progresiva la producción en gran escala, o el empleo de la maquinaria. No se trata de defender a la globalización capitalista frente al trabajo, sino de superarla en un sentido liberador para el trabajo. Así

como en el *Manifiesto Comunista* Marx y Engels señalaban que había críticas reaccionarias del capitalismo, también hay críticas reaccionarias de la globalización.

La discusión con los apologistas de la globalización

Volvamos ahora a los argumentos del FMI, del Banco Mundial, del Washington Post o The Economist. Todos ellos sostienen que la globalización -en esencia, la mundialización del capital- ha traído beneficios para los países atrasados (“en desarrollo”, como se los conoce en la literatura), y respaldan esta afirmación con datos. Por ejemplo, entre 1990 y 2005 el porcentaje de la población de los países atrasados que vive con menos de US\$1,25 diarios bajó del 46% al 27%. Esta caída se debe especialmente a la evolución de China, donde la tasa de pobreza pasó del 60% al 16% en ese lapso (China e India tenían el 62% de los pobres del mundo en 1990). El porcentaje de población de los países atrasados con nutrición deficiente entre 1990 y 2008 pasó del 20% al 16% (aunque aumentó a partir de 2008). El porcentaje de la población con acceso a servicios de agua mejorada pasó del 71% al 84% en ese lapso. Según el Informe del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) de 2010, el índice de desarrollo humano, que resume datos sobre esperanza de vida, matriculación escolar e ingresos en un solo indicador, aumentó en promedio un 41% a nivel mundial desde 1970, y un 18% desde 1990. “¿Por qué dicen que la globalización no es beneficiosa?”, concluyen triunfantes. En respuesta, los críticos de la globalización subrayan la persistencia de la

miseria, la desocupación y calamidades del capitalismo. Lo cual también es innegable. Las Naciones Unidas reconocían en 2008 que más de un cuarto de los niños en el tercer mundo tenían bajo peso, que un sexto de la población no tenía acceso a agua potable, y que la mitad de la población no disponía de servicios sanitarios (o disponía de servicios sanitarios insalubres). Y la FAO admitía que en 2010, cada seis segundos moría un niño en el mundo, a causa del hambre. Además, en la última crisis mundial, 2007-2009, se destruyeron 34 millones de puestos de trabajo y 64 millones de personas cayeron por debajo de la línea de pobreza de 1,25 dólares por día (informe 2010 del PNUD sobre desarrollo humano). Y se puede afirmar que las crisis son recurrentes en el sistema capitalista, provocando inmensas calamidades y devastación en los seres humanos, y destrucción de las fuerzas productivas. A lo que los apologistas del capital responderán diciendo que de todas maneras, tendencialmente, hubo mejoras. ¿Qué puede decirse frente a estos argumentos desde el punto de vista que hemos defendido aquí?

La respuesta está en entender el carácter contradictorio del desarrollo capitalista. Empecemos precisando que la mejora en los índices de pobreza en China, o en otros países que han conocido una fuerte expansión capitalista en los últimos años, no invalida la teoría de Marx, como pretenden los ideólogos del capital. Es que en la teoría de Marx la masa de bienes salariales no depende sólo de las necesidades fisiológicas, sino también de las necesidades histórico-morales de la clase obrera, y estas evolucionan

con el desarrollo de las fuerzas productivas (véase también Mandel, 1985). Por eso ya Marx observaba que los salarios (en términos de bienes) eran generalmente más altos en los países con industrias más desarrolladas (aunque fluctuasen con los ciclos económicos y los cambios en la lucha de clases). Esto explica por qué, a medida que China y otros países del tercer mundo se industrializan, mejora la dieta alimentaria, y aumenta la canasta de bienes que consumen millones de trabajadores que se están incorporando a las industrias. Esta evolución mejora las condiciones de la clase trabajadora, y su capacidad para encarar la transformación social. Una clase trabajadora postrada en la más completa degradación física, sería incapaz de convertirse en una fuerza social revolucionaria. Pero al mismo tiempo Marx señalaba que el sistema capitalista recrea permanentemente el ejército de desocupados, y arroja al pauperismo y a la miseria más absoluta a millones de seres humanos. Y que las crisis son por excelencia el mecanismo a través del cual opera este proceso. Por eso, al lado de las más colosales conquistas de la ciencia y la tecnología, y de las obras de ingeniería colosales, decía Marx, se mantienen las miserias y las degradaciones más espantosas. Si en China 500 millones de personas dejaron el nivel de pobreza en la última década, no hay que olvidar que otros 400 millones continúan viviendo con menos de dos dólares al día.

Y por este mismo desarrollo contradictorio es que el sistema “genera los medios materiales de su propia destrucción” (Marx, 1999, t. 1, p. 952). El capital socializa cada vez más la producción (masas de seres humanos son despo-

jadas de la propiedad de sus medios de producción y son subsumidas al mando del capital) en tanto los capitales se concentran y centralizan en manos de pocos. Implica también que el trabajo se hace cada vez más social, que la ciencia y la tecnología se aplican a escalas cada vez mayores, y que paralelamente se acrecientan el poder y la riqueza en un polo, y “la masa de la miseria, de la opresión, de la servidumbre, de la degeneración, de la explotación” (ídem, p. 953). Esta contradicción se agudiza, y tiende a hacerse explosiva. Y dado que el proceso se da a escala mundial, genera las condiciones para que la superación de la contradicción sea también a escala mundial. ¿Confirman los datos esta tesis? Sí, la confirman. El Informe de 1996 del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo sostenía que entre 1960 y 1991 el 20% de las personas más ricas habían aumentado su participación en el ingreso mundial del 70% al 85%, en tanto que el 20% más pobre había bajado su participación del 2,3% al 1,4%. En la década y media transcurrida desde este informe, la situación no parece haber cambiado. El informe del Programa de 2005 afirmaba que los 2500 millones de habitantes más pobres del planeta (vivían con menos de dos dólares diarios) recibían sólo el 5% del ingreso global, en tanto el 54% del ingreso iba al 10% más rico. Y agregaba que el 80% de la población mundial vivía en países en los que estaba aumentando la desigualdad, en tanto que sólo el 4% lo hacía en países en que estaba disminuyendo. El informe Universtiy-Wider de las Naciones Unidas, de 2008, consignaba que más de la mitad de los activos a nivel mundial eran propiedad del 2%

más rico, en tanto que el 50% más pobre de la población tenía apenas el 1% de los activos. El 10% más rico tenía 3000 veces más riqueza acumulada que el 10% más pobre; y 1200 millones de personas sobrevivían con US\$ 1,25 por día. En EEUU está creciendo casi ininterrumpidamente desde 1970. Actualmente, en este país, las 12.000 familias más ricas tienen ingresos anuales superiores a los 24 millones de personas más pobres, y una de cada ocho personas dependía, en 2010, de cupones de alimentos para vivir. Entre 1973 y 2005 el 0,01% más rico de la población aumentó sus ingresos reales un 250%, en tanto el 90% más pobre tuvo una caída en términos reales del 11%. Si se toma el coeficiente Gini para los hogares, aumentó desde 0,34 a mediados de los 80, a 0,38 en los 2000 (cuando el coeficiente es cero, es igualdad absoluta, y cuando es uno la mayor desigualdad). En China el coeficiente pasó de menos de 0,3 en los 80, a más de 0,4 en la actualidad. Destaquemos que esta tendencia a la polarización da nueva relevancia a la noción de la pobreza como un concepto histórico-social. Para decirlo con un ejemplo: cuando la producción de heladeras o de artefactos sanitarios recién comenzaba, no podía considerarse pobre a una familia que no dispusiera de los mismos. Pero hoy una familia que no puede adquirir siquiera una heladera, o artefactos sanitarios indispensables, es pobre. Por eso el concepto más fundamental, y subversivo, de Marx, es que la pobreza es relativa, y tiende a aumentar en la medida en que la riqueza se concentra en pocas manos. Observemos que hasta cierto punto algunas estadísticas burguesas registran este hecho.

Por ejemplo, en Europa se consideran pobres aquellos cuyo ingreso está por debajo del 60% de la mediana. Y el PNUD “corrige” los índices de desarrollo humano por los índices de distribución desigual del ingreso. Pero la teoría económica establecida no puede explicar estas tendencias, que se despliegan a medida que avanza la acumulación del capital, pero están en el centro del enfoque de Marx. Ya en una obra temprana, *la Miseria de la Filosofía*, escribía:

“... cada día es más evidente que las relaciones de producción en la burguesía se desenvuelven no tienen un carácter uniforme y simple, sino un doble carácter; que dentro de las mismas relaciones en que se produce la riqueza, se produce también la miseria; que dentro de las mismas relaciones en que se opera el desarrollo de las fuerzas productivas, existe asimismo una fuerza que da origen a la opresión; que estas relaciones no crean la riqueza burguesa, es decir, la riqueza de la clase burguesa, sino destruyendo continuamente la riqueza de miembros integrantes de esta clase y formando un proletariado que crece sin cesar” (Marx, 1981, p. 100).

Esta es la dialéctica que se está desplegando hoy ante nuestros ojos, a escala mundial.

En conclusión

La globalización es un hecho cualitativamente nuevo, ya que consiste en la extensión a escala planetaria del modo de producción capitalista. Como tal, se trata de un fenómeno que es inherente a la naturaleza del capital, y como tendencia es irreversible en tanto se mantenga la propiedad privada del capital. La globalización significa que en las últimas décadas se han desarrollado clases capitalistas con raíces

propias en la mayoría de los países del tercer mundo, y que el mercado mundial debe entenderse como una totalidad capitalista, en la que se imponen las leyes de la acumulación “a lo Marx”. Al mismo tiempo, la globalización es sinónimo de la profundización de las contradicciones esenciales del sistema capitalista.

Bibliografía

- Bairoch, P. (1982): “International Industrialization Levels from 1750 to 1980”, *Journal of European Economic History*, vol. 11, pp. 269-333.
- Bina, C. y B. Yaghmaian, (1991): “Post-war Global Accumulation and the Transnationalisation of Capital”, *Capital & Class*, N° 43, pp. 107-129.
- Burbach, R. y W. L. Robinson, (1999): “Globalization as epochal Shift”, *Science & Society*, vol. 63, pp. 10-39.
- Giussani, P. (2000): “¿Hay evidencia empírica de una tendencia hacia la globalización?” en J. Arriola y D. Guerrero (eds.), *La nueva economía política de la globalización*, Zarautz, Gipuzkoa, Universidad del País Vasco, pp. 299-321.
- Hardt, M. y A. Negri (2002): *Imperio*, Buenos Aires, Paídos.
- IMF (2008): “Globalization: A Brief Overview” May, Staff
- Lenin, N. (1969): *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Obras Completas, t. 3, Buenos Aires, Cartago.
- Mandel, E. (1985): *El Capital. Cien años de controversias en torno a la obra de Karl Marx*, México, Siglo XXI.
- Marx, K. (1981): *Miseria de la filosofía*, Moscú, Progreso.
- Marx, K. (1989): *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, México, Siglo XXI.
- Marx, K. (1999): *El Capital*, Madrid, Siglo XXI.
- Petras, J. (2000): *Globaloney (La globalización de la tontería)*, Buenos Aires, Antídoto.
- Schiffer, J. (1981): “The Changing Post-War Pattern of Development: The Accumulated Wisdom of Samir Amin”, *World Development*, vol. 9, pp. 513-537.
- Smith, A. (1987): *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, México, FCE.